

Chiara Lubich: en favor de una política de la unidad

Selección de textos

1. La política vista como amor.....	2
La política, “fondo” sobre el que se desarrolle el ámbito social.....	2
La fraternidad como categoría política.....	2
La fraternidad universal.....	3
2. Instrumentos y métodos para lograr una política de la unidad	4
La política y “el arte de amar”	4
Un precio a pagar.....	5
Un pacto de fraternidad.....	5
Una política realmente acreditada.....	6
3. La unidad, más allá de la globalización.....	6
“Albergo un sueño”	6
La interdependencia	7
El planeta, en una encrucijada.....	8
Desde la ciudad al mundo	9
La “santa paz”	10
Una instancia mundial.....	10
Una justicia planetaria.....	11
Una primavera espiritual	11
La santa paz.....	12

1. La política como amor

La política, “fondo” sobre el que se desarrolle el ámbito social ¹

Un día me pareció comprender qué quería decir la política como amor. Si pensáramos un color para cada actividad humana, para la economía, la sanidad, las comunicaciones, el arte, el trabajo, la cultura, la administración de la justicia... la política no tendría un color, sería el fondo: el negro, que pone de relieve a los otros colores. Por eso la política debe buscar continuamente una relación con todos los ámbitos de la vida, para establecer las condiciones mediante las cuales la sociedad misma, con todas sus expresiones, pueda realizar plenamente su designio. Es claro que en esta tensión continua al diálogo, la política tiene el deber de reservarse algunos espacios específicos: establecer las prioridades para realizar un programa equitativo, hacer que los últimos sean privilegiados, buscar siempre y a pesar de todo la participación, que quiere decir diálogo, mediación, responsabilidad y concreción.

La fraternidad como categoría política ²

El tríptico: libertad, igualdad, fraternidad, que es casi una síntesis del programa político de la modernidad, expresa una intuición profunda y exige de nosotros una aguda reflexión: ¿a qué punto estamos en la realización de este gran anhelo? La Revolución francesa anunció los tres principios, pero ciertamente no los inventó: estos ya habían comenzado su fatigoso camino a través de los siglos, sobre todo a partir del anuncio cristiano, que ha iluminado lo mejor de las tradiciones antiguas de los diversos pueblos y el patrimonio de la revelación judía, produciendo una auténtica revolución: el nuevo humanismo, abierto por Cristo, que permitió al hombre vivir plenamente estos principios.

Desde aquel anuncio, a lo largo del tiempo, se fueron manifestando sus riquezas en las obras de los hombres. (...)

Libertad e igualdad han marcado profundamente la historia política de los pueblos, llegando a expresar frutos de civilización y creando las condiciones para la progresiva expresión de la dignidad de la persona humana. (...)

La libertad y la igualdad se convirtieron en principios jurídicos y son aplicados cotidianamente como verdaderas y propias categorías políticas.

Pero la afirmación exclusiva de la libertad, como bien sabemos, puede transformarse en el privilegio del más fuerte, mientras que la igualdad, y la historia lo confirma, puede traducirse en un colectivismo que masifica. Por otra

¹ En *Libertad, igualdad... ¿dónde ha ido a parar la fraternidad?* Cámara de los Comunes, Westminster, Londres, 22 de junio de 2004

² Ibidem

parte, muchos pueblos en realidad todavía no se benefician con los contenidos de la libertad y la igualdad...

La fraternidad universal³

¿Cómo hacer, entonces, para que su asimilación produzca frutos maduros? ¿Cómo volver a encauzar la historia de nuestros países y de toda la humanidad hacia ese destino que le pertenece? Nosotros creemos que la clave se encuentra en la fraternidad universal, en darle el justo lugar entre las categorías políticas fundamentales.

Solamente si se viven uno a la par del otro, los tres principios podrán dar origen a una política adecuada a las exigencias de hoy. (...)

Estos desafíos, que se nos presentan como algunos de los más grandes de la actualidad, reclaman con insistencia la idea y la práctica de la fraternidad, y, teniendo en cuenta la magnitud del problema, de una fraternidad universal.

La fraternidad universal es la aspiración de espíritus magnánimos.

El Mahatma Gandhi decía: *“La regla de oro es ser amigos del mundo y considerar ‘una’ a toda la familia humana”*. (...)

Pero quien ha traído la fraternidad como un don esencial para la humanidad fue Jesús, que antes de morir oró así: *“Padre, que todos sean uno”* (cf. Jn 17,21). Al revelar que Dios es Padre, nos ha hecho descubrirnos hermanos y ha derribado los muros que separan a los “iguales” de los “diferentes”, a los amigos de los enemigos.

La fraternidad, por lo tanto, es un ideal que hay que afirmar, es un ideal de hoy.

¿Pero existen signos de fraternidad en las actuales vicisitudes de los pueblos?

A lo largo de los años, habiendo experimentado muchas veces, en mi vida y en la de los demás la acción providencial de Dios, y habiendo podido conocer directamente a muchos pueblos, he aprendido a descubrir los pasos hacia adelante que señalan el progreso de la humanidad, hasta poder afirmar que su historia es un lento pero irrefrenable camino hacia la fraternidad universal. (...)

Son signos de ello la Unión de Estados y los procesos de integración económica y política – y no podemos dejar de mencionar el que atañe a Europa – que con creciente intensidad se van realizando a nivel continental o por áreas geopolíticas; la función de los organismos internacionales, en especial de las Naciones Unidas, que vuelve a ser determinante para conocer, afrontar y gestionar las principales cuestiones que atañen a la vida de los pueblos y de los países; el desarrollo de un diálogo cada vez más difundido y más fecundo entre personas de diferentes denominaciones cristianas, como con personas que profesan otras creencias religiosas y también no religiosas; el crecimiento de movimientos sociales, culturales y religiosos, que se presentan como los nuevos protagonistas de las relaciones internacionales y tienden a objetivos de dimensión mundial.

³ Ibidem

⁴ *In buona compagnia*, bajo supervisión de Claudio Mantovano, Roma, 2001, p. 11.

2. Instrumentos y métodos para lograr una política de la unidad

La política y “el arte de amar”⁵

¿Pero cómo vivir la fraternidad? ¿Y de qué modo ayuda a la política a desarrollar plenamente sus propias tareas? Para explicarlo tengo que detenerme sobre algunos aspectos del amor fraternal, (...) y ver cómo se vive en política.

En primer lugar, para el político de la unidad la opción de comprometerse en política es un acto de amor, con el cual responde a una auténtica vocación, es decir, a un llamado personal. Responde a una necesidad social, a un problema de su ciudad, o a los sufrimientos de su pueblo, a las exigencias de su tiempo. Quien es creyente advierte que es Dios quien lo llama por medio de las circunstancias; el no creyente responde a un llamado humano que encuentra eco en su conciencia: pero ambos ponen amor en su acción, y ambos encuentran su lugar en el "Movimiento de la unidad".

En segundo lugar, el político de la unidad toma conciencia de que, si la política es amor desde su raíz, también el otro, el adversario político, puede haber hecho su opción por amor: y por eso debe respetarlo, comprender la esencia de su compromiso yendo más allá del modo en que lo vive - no siempre exento de animosidad - pero que se puede corregir.

El político de la unidad desea fervientemente que también su adversario pueda realizar el designio bueno del cual es portador, porque, si responde a una llamada y a una necesidad verdadera, es parte integrante de ese bien común que solamente juntos se puede construir.

El político de la unidad, por lo tanto, ama no sólo a los que le dan el voto, sino también a los adversarios; no sólo a su propio partido, sino también al partido de los demás; no sólo a su propia Patria, sino a toda la humanidad.

Y amar a todos le hace comprender y vivir la dimensión universal de la política.

Además, el político de la unidad no puede quedarse pasivo delante de las reyertas, a menudo ásperas, que excavan abismos entre los políticos y entre los ciudadanos. Por el contrario, debe ser él quien da el primer paso, aunque sólo sea con un saludo, para acercarse al otro y retomar la comunicación interrumpida.

Crear una relación personal donde no existe, o donde sufrió una interrupción, a veces puede significar lograr desbloquear el proceso político.

Para el político de la unidad, ser el primero en amar es un acto que corresponde a la dignidad de la persona, pero se transforma también en una verdadera y propia iniciativa política; ayuda a superar los prejuicios y el juego de las partes, que muy a menudo paralizan a los políticos en contraposiciones inútiles.

Otro aspecto de la fraternidad en política es la capacidad de hacerse a un lado para darle espacio al otro, de callar para escuchar también a los adversarios. Es un “perderse a sí mismos” que cada día renueva la originaria elección política, es

⁵ En *El Movimiento de la unidad y la fraternidad política*, Nombramiento de Chiara Lubich como ciudadana de honor - Turín, 2 de junio de 2002

decir la decisión de ocuparse de los demás y no de sí mismos. Y de ese modo “haciéndose uno” con ellos, logran entrar en su realidad. Hacerse uno ayuda a superar los individualismos, hace conocer aspectos de las personas, de la vida, de la realidad, que amplían también el horizonte político: el político que aprende a hacerse uno con todos será más capaz de entender y de proponer. El “hacerse uno” es el verdadero realismo político.

Y por último, la fraternidad encuentra plena expresión en el amor recíproco, verdadera necesidad para la democracia, entendida rectamente: amor de los políticos entre ellos, y entre políticos y ciudadanos.

El político de la unidad no se contenta con amar él solo, sino que trata de llevar al otro, aliado o adversario que sea, al amor, porque la política no nace sólo de una decisión individual sino que es relación, un proyecto común.

Un amor recíproco que la política exige no sólo en las relaciones personales, sino como exigencia institucional. Las distinciones de los cargos que la democracia asigna, en su significado más profundo, tienen la finalidad de permitir el amor recíproco: si la acción de amor del gobierno se expresa en la propuesta y en la decisión, la respuesta de amor de la oposición se manifiesta en la contrapropuesta y el control.

Un precio a pagar⁶

Pero todos estos aspectos del amor político, que realizan la fraternidad, requieren sacrificio.

¡Cuántas veces la actividad política hace probar la soledad, la incompreensión incluso por parte de los más allegados! (...)

El político es quien abraza las divisiones, las rupturas, las heridas de su propia gente. Este es el precio de la fraternidad que se le pide al político: precio altísimo, como también es altísimo el premio. La fidelidad puesta a prueba hará de él un modelo, un punto de referencia para sus conciudadanos, el orgullo de su gente.

Un pacto de fraternidad⁷

Es más, quisiéramos proponer a todos los que actúan en política la formulación de una especie de pacto de fraternidad para con sus países, que garantice su bien por encima de los intereses parciales, sean estos individuales, de grupo, de clase o de partido.

Porque la fraternidad ofrece posibilidades sorprendentes: permite mantener unidas y valorar exigencias que en otro caso corren el riesgo de transformarse en conflictos crónicos. Armoniza, por ejemplo, las experiencias de las autonomías locales con el sentido de la historia común; afianza la conciencia de la importancia de los organismos internacionales y de todos esos procesos que

⁶ En *Fraternidad en la política*, Sede del Parlamento de Cataluña - Barcelona, 29 de noviembre de 2002

⁷ En *Libertad, igualdad... ¿dónde ha ido a parar la fraternidad?*, cit.

tienden a superar las barreras y consolidan etapas importantes en la construcción de la unidad de la familia humana.

La fraternidad, de hecho, puede hacer florecer proyectos y acciones en el complejo tejido político, económico, cultural y social de nuestro mundo. La fraternidad saca del aislamiento y puede abrir la puerta del desarrollo a pueblos que todavía están excluidos de él. La fraternidad indica cómo resolver pacíficamente las contiendas y puede relegar la guerra a los libros de historia. Por la fraternidad vivida es posible soñar e incluso esperar en una especie de comunión de bienes entre países ricos y pobres.

La profunda necesidad de paz que hoy manifiesta la humanidad dice que la fraternidad no es sólo un valor, no es sólo un método, sino el paradigma global del desarrollo político. Es por esto que un mundo que de hecho es cada vez más interdependiente tiene necesidad de políticos, de empresarios, de intelectuales, de artistas, que consideren la fraternidad – instrumento de unidad – el centro de su actividad y de su pensamiento. El sueño de Martín Luther King era que la fraternidad se convirtiera en el orden del día de un hombre de negocios y en el lema del hombre de gobierno. Los políticos del “*Movimiento político por la unidad*” quieren hacer de este sueño una realidad.

Una política realmente acreditada⁸

Ésta - me parece - es la política que vale la pena vivir; una política capaz de reconocer y servir el designio de su propia comunidad, de su propia ciudad y nación, hasta el de toda la humanidad, porque la fraternidad es el designio de Dios sobre la entera familia humana. Ésta es la verdadera, acreditada política que cada país necesita; en efecto, el poder confiere la fuerza, pero es el amor el que da autoridad.

Ésta es la política que construye obras que perdurarán. Las generaciones futuras no estarán agradecidas a los políticos porque han conservado el poder, sino por el modo en que lo han ejercido.

3. La unidad, más allá de la globalización

“Albergo un sueño”⁹

Sueño que ese resurgir - que hoy se observa – en la conciencia de millones de personas de una fraternidad vivida, cada vez más ampliamente en la Tierra, se convierta mañana, a lo largo de los años 2000, una realidad general, universal.

Sueño con ello que retrocedan las guerras, las luchas, el hambre, los millares de males del mundo.

⁸ Ibidem

⁹ Traducción de *Ho un sogno*, Editoriale, Città Nuova 2000, n. 1

Sueño un diálogo de amor cada vez más intenso entre las iglesias de manera que se vea ya cercana la composición de la única iglesia.

Sueño que se haga más vivo y activo el diálogo entre personas de las más variadas religiones unidas entre ellas por el amor, "regla de oro" presente en todos sus libros sagrados.

Sueño que nos acerquemos y nos enriquezcamos recíprocamente las diferentes culturas del mundo, de manera que se llegue a una cultura mundial que ponga en primer plano aquellos valores que siempre han sido la verdadera riqueza de cada pueblo y que éstos se impongan con sabiduría global.

Sueño que el Espíritu santo siga inundando las Iglesias y potencie las "semillas del Verbo" más allá de ellas mismas, de manera que el mundo sea invadido por las constantes novedades de luz, de vida, de obras que sólo él sabe suscitar. Para que hombres y mujeres cada vez más numerosos se encaminen por senderos derechos, lleguen a su Creador, pongan alma y corazón a su servicio.

Sueño que nuestras relaciones sean evangélicas, no sólo entre individuos, sino entre grupos, movimientos, asociaciones religiosas y laicas; entre los pueblos, entre los estados, hasta que se vea lógico amar a la patria de los demás como a la propia. Y que sea lógico tender a una comunión de bienes universal: al menos como punto de llegada.

Sueño un mundo unido en la variedad de sus gentes que se reconozcan todas en el alternarse de una sola autoridad.

Sueño por eso ya una anticipación de cielos nuevos y tierras nuevas, en la medida que es posible aquí en la tierra. Sueño mucho, pero tenemos ante nosotros un milenio para verlo realizado.

La interdependencia¹⁰

La realidad de la interdependencia, en efecto, me remite a un ideal muy querido por mí, a favor del cual – junto a muchas personas de buena voluntad comprometidas en política, en economía y en diversos campos de la acción y del saber – decidí invertir mi vida: la unidad de la familia humana.

Al día siguiente del 11 de setiembre muchos de nosotros hemos advertido la exigencia de reflexionar a fondo sobre sus causas, pero sobre todo de comprometerse en una verdadera, responsable y decidida alternativa al terror y a la guerra. Para mí ha sido revivir un poco la experiencia de la destrucción y la sensación de la impotencia humana, en la ciudad italiana de Trento, bombardeada durante la Segunda Guerra Mundial.

Fue justamente bajo las bombas donde, mis primeras compañeras y yo descubrimos en el Evangelio la luz del amor recíproco, que nos llevó a estar dispuestas a dar la vida las unas por las otras. Y entre los escombros de esa destrucción, convencidas de que “el Amor lo vence todo”, nació el vehemente deseo de hacer partícipe de este amor a cada prójimo, sin distinción de personas, grupos, pueblos, y sin tener en cuenta las condiciones sociales, la cultura, las convicciones religiosas.

¹⁰ Traducción del *Messaggio ai partecipanti alla I Giornata de la Interdipendenza*, Filadelfia, 12 settembre 2003

De modo análogo, hoy en Nueva York como en Bogotá, en Roma como en Nairobi, en Londres como en Bagdad muchos nos preguntamos si es posible vivir en un mundo de pueblos libres, iguales, unidos, donde no solamente unos respeten la identidad de los otros, sino que también se interesen por las respectivas necesidades.

La respuesta es sólo una: no solamente es posible, sino que es la esencia del proyecto político de la humanidad.

La unidad de los pueblos, respetando las múltiples identidades, es la finalidad misma de la política, que la violencia terrorista, la guerra, la injusta distribución de los recursos del mundo y las desigualdades sociales y culturales parecen poner hoy en discusión.

Desde muchos puntos de la tierra, en el día de hoy, se eleva el grito de abandono de millones de refugiados, de millones de hambrientos, de millones de explotados, de millones de desocupados que son excluidos y en cierto modo ‘amputados’ del cuerpo político. Esta separación, y no solamente las carencias y las dificultades económicas, es la que los hace aún más pobres, que aumenta – si aún fuera posible – su desesperación.

El planeta en la encrucijada¹¹

La globalización en acto, al principio de este tercer milenio, puede convertirse en una prueba de madurez hasta ahora nunca alcanzada por la humanidad. Vivimos en un tiempo de “cambio a nivel de época”, en el que se gesta con sufrimiento un mundo nuevo.

Pero hace falta un alma: el amor. Como dice Juan Pablo II, “la humanidad está frente a un cruce de caminos. ¿Qué tipo de civilización se impondrá en el futuro del planeta? Depende de nosotros que sea la civilización del amor o bien la incivilización de los egoísmos sistematizados”.

El amor - lo compruebo cada vez más estando en contacto con individuos y grupos de religiones, razas y culturas diferentes – se encuentra inscrito en el ADN de cada hombre. Es la fuerza más potente, fecunda y segura que puede unir a la humanidad entera. Pero exige una transformación total de los corazones, de las mentalidades, de las opciones a tomar.

Por otra parte ya es una opinión común sentida en la vida internacional la necesidad de reinterpretar el significado de la reciprocidad, uno de los puntos fundamentales de las relaciones internacionales.

Ha llegado el momento en que cada pueblo traspase su confín y mire más allá, hasta amar a la patria del otro como a la suya. La reciprocidad entre los pueblos significará entonces superar antiguas y nuevas lógicas de alineamiento y de interés económico, estableciendo en cambio relaciones con todos, movidos por el deseo de tomar la iniciativa sin poner condiciones ni mirar a los propios intereses, porque se mira al “otro” como si fuéramos nosotros mismos, parte de

¹¹ Traducción de *Il planeta al bivio*, Editoriale, Città Nuova, 2001, n. 14, p. 7

la misma humanidad, y de consecuencia se proyecta: el desarme, el desarrollo, la cooperación.

Nacerá una reciprocidad capaz de hacer a cada pueblo, incluso al más pobre, protagonista de la vida internacional, compartiendo pobreza y riqueza. No sólo cuando hay emergencias, sino en la vida cotidiana. Identidad y potencialidad se desarrollarán justamente al ponerla a disposición de los demás pueblos, sobre el respeto y el intercambio recíproco.

Entonces sí, si las personas individualmente y los gobernantes haremos lo que está en nuestras manos, podremos soñar ser una única comunidad planetaria. ¿Es una utopía? El primero que lanzó la globalización fue Jesús cuando dijo: “Que todos sean uno”. Y no sólo eso: nos ha dado la capacidad de ese amor que tiene la fuerza de recomponer la familia humana en cuanto una y diversa.

Además, basta que abramos los ojos: en el mundo están diseminados muchos “laboratorios” de esta “humanidad nueva”. ¿Será que ha llegado la hora de proyectarlos a escala mundial?

Da la ciudad al mundo¹²

Hoy la historia nos llama a medirnos con grandes desafíos. Las tensiones que hacen difícil el camino de todos los pueblos nos interpelan personalmente, ya sea como individuos che en nuestras asociaciones, como en las formaciones políticas de las que formamos parte. Ya sea que se administre un pequeño municipio o una metrópolis, ya sea que se trabaje en la construcción del bien común como ciudadanos activos o como estudiosos competentes del mundo de la cultura, ya sea que se esté comprometidos en las instituciones o en la sociedad civil, no podemos escaparnos de tales desafíos. Y esto vale si queremos que nuestra propuesta política sea capaz de presentar soluciones adecuadas y eficaces, de acuerdo con nuestras responsabilidades, pero sobre todo, con el designio de Dios y por lo tanto a beneficio de todos.

Las fuertes contradicciones que marcan nuestra época, necesitan un punto de orientación igualmente penetrante e incisivo, de categorías mentales y de acción capaces de involucrar a cada persona, así como a los pueblos con sus diferentes órdenes económicos, sociales y políticos. (...)

Yo estoy aquí para dar testimonio de que lo que es imposible para hombres aislados y divididos, se vuelve posible para aquellos que han hecho de la fraternidad, de la comprensión recíproca, de la unidad el porqué esencial de la propia vida.

Ciertamente aquí existen todos los elementos para iniciar un proceso que puede marcar la historia: una gran idea, la fraternidad universal; un contexto donde concretizarla, la ciudad; sujetos institucionales y sociales diferentes, cuya unidad resulta enriquecida y exaltada justamente por las diferencias; un proyecto, la unidad de América Latina al servicio de la unidad del mundo.

¹² Traducción del *Messaggio al Convegno dei sindaci de la America Latina “Città per l’unità”* – Rosario, 2-3 giugno 2005

Si así sucederá, ¡todo será posible! Teniendo la mirada puesta en el objetivo, a pesar de las dificultades, podremos colocar en un mosaico único, iniciando por el compromiso cotidiano hasta las grandes decisiones políticas a favor de nuestros pueblos, los millares de piezas de reciprocidad. Sabremos realizar juntos una democracia comunitaria, partiendo justamente de las ciudades latinoamericanas. En ellas, nuevas posibilidades de participación y una nueva predisposición a la escucha abrirán caminos inesperados para el rescate de los últimos. Sabremos contagiar con la idea y sobre todo con la práctica de la comunión de los bienes, en plena libertad, los circuitos económicos y las instituciones. Partiendo de la base, de la ciudad como dimensión fundamental de la política, podremos ofrecer experiencias, proyectos, ideas útiles para renovar también la política mundial, hoy debilitada por las fuertes injusticias, demostrando que es posible la unidad aún siendo diversos, un proyecto político compartido aun respetando el pluralismo, una sociedad global, pero hecha de miles de valiosas identidades.

¿Cuál es mi augurio? Que la sabiduría milenaria de los pueblos autóctonos donde se radica su historia; que el aporte de la inmigración, que ha podido expresarse plenamente gracias a la hospitalidad de sus sociedades; que sus innumerables recursos naturales y sobre todo culturales; que el deseo de encontrar un punto de equilibrio entre el respeto hacia la naturaleza y desarrollo económico; que la fecunda vivacidad democrática de sus Países puedan encontrar nueva expresión en la fraternidad, para ser don para toda la humanidad. (...)

Dios, Padre de todos los pueblos, sostenga nuestro trabajo y lo lleve a cumplimiento.

La “santa paz”¹³

Para que la humanidad siga existiendo, y su existencia sea mejor, hace falta poner en acción la paz no como una idea que está a la par de cualquier otra, sino como la idea fundamental para la convivencia de los hombres, como la primera ley de la familia humana que, sin ella, ya no es una familia.

Hoy nos disparamos entre hermanos, hay demasiadas armas por todas partes. Se saca el fusil, el misil o el TNT con demasiada facilidad. Y a pesar de ello nuestra conciencia humana en el Tercer milenio nos dice que las armas tendrían que existir sólo para defenderse, y legítimamente: ¡no usarlas nunca para matar a los niños, a las mujeres, a los ancianos, a quienes no pueden defenderse! Se tendrían que usar sólo en caso de extrema necesidad, comprobable y no sólo posible, como se usa un bisturí solo en una intervención quirúrgica, nunca para imponer las propias ideas o la propia fuerza.

Una instancia mundial

Hay que volver a dar ante todo una justa credibilidad a las instancias internacionales, reducidas a menudo a la impotencia. El último conflicto iraquí ha mostrado como en nuestro mundo globalizado no se puede ya prescindir de

¹³ Traducción de *No alla sconfitta della pace* Editoriale, Ciudad Nuova, 2003, n. 24

una autoridad mundial, capaz de gestionar los procesos globales si bien respetando las prerrogativas de cada pueblo. ¿De qué otra manera se podrían resolver los conflictos en los puntos álgidos del planeta? Me refiero en primer lugar [al] (.....) problema israelí-palestino, pero también a toda la región de oriente medio. Sin olvidar todas las guerras que se combaten en otros lugares y muy a menudo olvidadas.

Recuerdo que, al día siguiente de la terrible matanza de las Torres gemelas, en las palabras de los responsables de las naciones dominaban no tanto los tonos de venganza, cuanto aquellos dictados por la voluntad de unirse: unir las fuerzas para enfrentar no sólo los problemas abiertos por el terrorismo, sino también aquellos provocados por las injusticias globales, para encontrar soluciones originales. Incluso se oyeron palabras de atrevida autocrítica. Pero después dominaron las lógicas de la guerra, de las respuestas unilaterales, dejando a un lado las negociaciones y el papel de las autoridades internacionales.

Hoy, hay que volver a aquella unidad de intenciones y a ponerla en práctica, reconociendo a todos los estados una auténtica igualdad al tomar decisiones comunes, para encontrar soluciones adecuadas, que no pueden reducirse sólo al uso de la guerra. No se excluye que uno u otro de los estados pueda influir para sanar una situación difícil: pero siempre y sólo respetando las reglas de la comunidad internacional, y como representante de la unidad de todos. Y tampoco se excluye que se creen nuevas formas de organización internacional.

Recuerdo el Vaticano II: «Para impedir que se desencadene la violencia, es absolutamente necesario que las instituciones internacionales desarrollen y consoliden su cooperación».

Una justicia planetaria

En segundo lugar me parece necesaria una acción planetaria de justicia. Los responsables de los estados tendrían que trabajar en favor de una real equidad económica, que todos ellos, sin exclusión, afirmen en sus respectivos programas electorales de querer perseguir. Pero hay que pasar de las promesas a los hechos: no hay tiempo que perder para idear y realizar una nueva distribución de las riquezas, considerando que pocos tienen mucho, mientras las necesidades son de muchos. Que se empiece aunque sea lentamente, para no comprometer la estabilidad económica internacional.

Pero que se realice cualquier esfuerzo para eliminar el escándalo insoportable de la pobreza en el mundo, invirtiendo al mismo tiempo en la economía local así como en educación y cultura, sin las cuales ningún progreso se mantiene por mucho tiempo.

Una primavera espiritual

Hay un tercer nivel, quizás todavía más profundo, sobre el cual hay que actuar. (...) Nosotros cristianos somos casi dos billones: ¿qué testimonio damos al mundo? Tenemos que volver a dar espacio a la vida espiritual auténtica, fundamento de la paz y del desarme global de los corazones y de los ejércitos, actuando una verdadera revolución: Poner a Dios en el centro de nuestra existencia (...).

Si así se hace, como he podido experimentar en muchas partes del mundo, el diálogo entre fieles de religiones diferentes se ve enormemente facilitado, y no se utiliza ya la religión «para fomentar la violencia (...), llamando en causa incluso el sacrosanto nombre de Dios para ofender al hombre», como ha dicho el Papa en Asís, en enero del 2002.

La santa paz

(...) ¡No nos rindamos! De las guerras, incluso de las más terribles, han nacido a menudo cambios morales inesperados y energías insospechadas, Y quizás la providencia a veces se sirve de situaciones de destrucción provocadas por la libertad del hombre para construir desde sus cimientos lo que es necesario para “dar de nuevo aliento” a la humanidad. Y son muchas las señales, para que de la grave coyuntura internacional pueda finalmente emerger una nueva conciencia de la necesidad de actuar juntos para el bien común, pueblos ricos y menos ricos, más o menos sofisticados en sus armamentos, confesionales o no, con el coraje de “inventar la paz”. Ha terminado el tiempo de las “guerras santas”. La guerra no es nunca santa, y nunca lo ha sido. Dios no la quiere. Sólo la paz es realmente santa, porque Dios mismo es la paz. Recémosle sin cesar también en esta fiesta de la vida, para que nos regale su paz.